

BIBLIOTECA DE LA RELIGION CRISTIANA

BR121  
CAS18

F. A. DE CHAVARRIA

Por don Torcuato Tasso de la Barra



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

18381

# PRIMERA PARTE.

## DOGMAS Y DOCTRINA.

### LIBRO PRIMERO.

#### MISTERIOS Y SACRAMENTOS.

#### CAPITULO PRIMERO.

#### INTRODUCCION.

Desde que el cristianismo se dejó ver sobre la tierra, ha sufrido el ataque de tres especies de enemigos, a saber, los herejes, los sofistas, y aquellos hombres frivolos en apariencia, que lo destruyeron todo con la risa. Un crecido número de apologistas han respondido con buen suceso a sus sutilezas y mentiras, mas no han sido tan felices contra la burla. San Ignacio de Antioquia,<sup>1</sup> San Ireneo, obispo de Leon,<sup>2</sup> y Tertuliano en su Tratado de prescripciones, á que Bossuet da el nombre de *divino*, combatieron á los novatores, cuyas soberbias interpretaciones corrompian la simplicidad de la fe.

La calumnia fué rechazada al instante por Cuadrato y Aristides, filósofos atenienses; pero no hay noticia alguna de sus apologias, á excepcion de un fragmento de la primera, conservado por Eusebio. San Gerónimo y el obispo de Cesarea hacen mencion de la segunda como de una obra magistral.<sup>3</sup>

Los paganos echaban en cara á los fieles el

1 *Ignat. in Petri apóst. ad Smyrn Epist.*, num. 1.  
2 *In Haeres.* lib. VI.  
3 *Euse. lib. IV. 3; Hieronym. Epist. 80; Fleury, Hist. Ecl.* tom. 1. Tillemont, *Memorias para la Hist. Ecl.* tom. II.

ateismo, el incesto y ciertos convites abominables en que se debía comer la carne de un niño recién nacido. San Justino defendió la causa de los cristianos después de Cuadrato y Aristides: su estilo es sin adorno, y las actas de su matrimonio manifiestan que derramó su sangre por su religion con la misma simplicidad con que escribía en favor suyo. Atenagoras empleó mas sabiduría en su defensa; pero no tiene el modo original de Justino ni la impetuosidad del autor del *Apologético*. Tertuliano es el Bossuet africano y barbaro. Teófilo, en sus tres libros á su amigo Antiloquio, manifiesta una imaginacion viva y una profunda sabiduría; y la *Octava* de Minucio Félix presenta á la vista un hermoso retrato de un cristiano y dos idolátras, que paseándose por la orilla del mar, se divierten confabulando acerca de la religion y de la naturaleza de Dios.<sup>4</sup>

Archo el rector, Lactancio, Eusebio y San Cipriano han defendido tambien el cristianismo; pero no se han dedicado tanto á realizar su hermosura, como desenredar las necesidades de la idolatria.

1 Véanse los autores citados; Dupin, dom. Collier, y la elegante traduccion de los Antiguos apologistas por el señor abate Gourcy.

010699



Orígenes fue uno de los primeros que combatieron a los sofistas: manifiesta haber excedido a su contrario Celso en erudición, explicación y estilo. Aunque el lenguaje griego de Orígenes es sumamente dulce, se halla sin embargo mezclado de algunos hebraísmos y giros extranjeros, como por lo común sucede con frecuencia á los escritores que poseen muchas lenguas.

En tiempo del emperador Juliano fué cuando se echó de ver esta persecución (tal vez más peligrosa que la violencia), la cual consiste en prologar el desprecio y la miseria á los cristianos. Comenzó Juliano por despojar á los iglesias porhibió en seguida á los fieles enseñar y estudiar las letras, <sup>1</sup> mas conociendo el emperador las ventajas de los establecimientos del cristianismo, determinó fundar hospitales y monasterios, y unir, á semejanza del culto evangélico, la moral á la religión, ordenando se hicieran una especie de pláticas en los templos. <sup>2</sup>

Los sofistas de que se hallaba rodeado Juliano, imitando á su señor, se desentendaban con el cristianismo. Hasta el mismo emperador no se desdefaba en igualarlo á los despreciables galilesos. La obra que escribió contra ellos no ha llegado á nuestras manos; pero san Cirilo, patriarca de Alejandria, cita varios fragmentos en la refutación que de ella hizo y se conserva en nuestros tiempos. Cuando Juliano escribe con seriedad, se manifiesta san Cirilo más fuerte; mas cuando el emperador se vale de la ironía, pierde el patriarca la ventaja. El estilo de Juliano es vivo, animado y claro; san Cirilo se encorcha, y es arrogante, oscuro y prolijo.

Desde el emperador Juliano hasta Lutero no tuvo la Iglesia necesidad de fuertes apologistas; pero luego que apareció el cisma de Occidente, se presentaron tambien con los nuevos enemigos nuevos defensores. Es preciso confesar que la superioridad estuvo al pronto de parte de los protestantes, aparentemente á lo menos, según lo manifiesta Mr. Montesquieu. El mismo Erasmo fué débil contra Lutero, y Teodoro de Beza tuvo una ligereza de estilo de que frecuentemente se aprovecharon sus enemigos.

Mas luego que Bossuet se presentó en el campo de batalla, no quedó por mucho tiempo indecisa la victoria; la hidra de la herejía fué derribada de nuevo. La *Historia de las variaciones* *Estado de la doctrina cristiana*, son dos obras maestras que pasarán con el siglo á la posteridad.

Es muy natural que el cisma condujera á la incredulidad y que el ateísmo se manifestase con la herejía. Dicho y España se presentaron después de Calvino; pero reconocieron en Clarke y en Leibnitz dos genios capaces de refutar sus sofismas. Abadía escribió en favor de la religión

una apología apreciable por su método y su razonamiento. Por desgracia es flojo y destemplado su estilo, sin embargo de cierta brillantez que se nota en sus pensamientos. *Si los filósofos antiguos*, dice Abadía, *adoraban las virtudes, tampoco era esto mas que una hermosa idolatría.*

Mientras que la Iglesia se hallaba tranquila con sus triunfos, trabajaba Mr. Voltaire en hacer renacer la persecución del emperador Juliano; y como ejerció esta mayor actividad un imperio más absoluto sobre la opinión, fué su victoria más completa y terrible.

Voltaire's por medio de un pueblo amable y caprichoso, tuvo el arte funesto de hacer moda su incredulidad. Alistó en esta liga insensata todos los amores propios. La religión fué atacada con todas las armas, desde el libro mas pequeño hasta el mas grande, desde el epigrama hasta el sofisma. Apenas salía á luz un libro religioso, cuando sobre la inocencia se ridiculizaba al autor, al paso que se ensalzaban hasta las nubes unas obras de las cuales Mr. Voltaire es el primero que se burla con sus amigos. Era tan superior á sus discípulos, que no podía á veces contener la risa al ver su entusiasmo irreligioso. El sistema destructor iba cundiendo por la Francia. Se establecía sin demora en las academias de las provincias, que han sido otras tantas fraguas de mal gusto y de facción. Algunas mujeres de la sociedad y graves filósofos, tenían sus cátedras de incredulidad. En fin, quedó decidido que el cristianismo no era mas que un sistema bárbaro, cuya caída no podía suceder tan pronto como era necesario para la libertad de los hombres, para los progresos de las letras, para las dulzuras de la vida y para la elegancia y gracia de las artes.

Sin hacer mención del abuso en que nos ha resultado este espíritu de aborcimiento contra el Evangelio, sus consecuencias inmediatas fueron un arrepentimiento más afectado que sincero hacia aquella mitología romana y griega, á que se atribuyeron todos los milagros de la antigüedad. <sup>1</sup> No cansó vergüenza arrepentirse de esto infame culto, que no hacia del género humano otra cosa que un conjunto de insensatos, impudicos ó bestias feroces.

Necesariamente se debía pasar desde allí al desprecio de los escritores del siglo de Luis XIV, los cuales no llegaron sin embargo á una perfección tan alta sino porque fueron religiosos. Ya no los pudieron acometer cara á cara, á causa de su buena fama y opinión; los atacaron de mil modos indirectos. Imputáronles que habían sido sectarios de incrédulos, ó que á lo menos hubieran sido mucho más apreciables si hubiesen vivido en nuestros tiempos. Cada autor bendice su destino por haberle hecho nacer en el hervor

<sup>1</sup> El siglo de Luis XIV apreciaba y conocía la antigüedad mucho mejor que nosotros, y sin embargo, era cristiano.

so siglo de Diderot y Helvecio; en aquel siglo, dice, en que toda la sabiduría humana estaba colocada por órden alfabético en la Enciclopedia, ó lo que es lo mismo, en la Babilonia de las ciencias y de la razón.

Adornados algunos hombres de una grande doctrina y de un espíritu distinguido, probaron oponerse á este torrente; mas fué inútil su resistencia, porque su voz se perdió entre la muchedumbre, y en victoria fué ignorada de una gente fávora, y á pesar de esto dirigía la Francia y por cuyos rios era muy necesario tocarla.

Esta fatalidad, que habia hecho triunfar á los sofistas bajo el imperio de Juliano, se declaró tambien por ellos en nuestro siglo. Los defensores de los cristianos incurrieron en una falta que les habia perdido ya antes. No se hicieron cargo de que no se trataba de disputar tal ó tal dogma, sino que se negaban absolutamente los fundamentos. Suponiendo la misión de Jesu Christo y pasado de consecuencia en consecuencia, establecían sin duda alguna y con mucha solidez, las verdades de fe; mas este modo de argumentar (bueno solamente en el décimo siglo, en que no se disputaba el fundamento) no sirve de nada en nuestros tiempos.

Es preciso girar por un camino opuesto, y debo probar, por pasar desde el efecto al principio, y no probar que el cristianismo es excelente porque viene de Dios, sino que viene de Dios porque es excelente, *quez quisiera decir que el cristianismo*. Erraron tambien en dedicarse á responder con seriedad á unos sofistas ó especie de hombres á quienes es imposible convencer, porque siempre son culpables. Se olvidaba decir que estos jamás buscan de buena fe la verdad; á nadie aman sino á sí mismos; no se alimentan sino de amor propio y ni aun á su mismo sistema están adictos sino por el ruido que hacen en una palabra, están dispuestos á cualquiera mudanza, siempre que la tenga la opinión.

Por falta de esta reflexión se ha perdido mucho tiempo y trabajo; no era pues á los sofistas á quienes extraviaban, sino era pues á quienes se debía reconciliar con la religión, y á quien se le habia seducido, diciéndole que el cristianismo era un culto nacido en el seno de la barbarie; absurdo en sus dogmas, ridiculo en sus ceremonias, enemigo de las artes y de las letras, de la razón y de la hermosura; un culto, en fin, que no habia hecho más que detramar sangre, envenenar hombres y retardar la felicidad y las luces del género humano.

Por el contrario, debía probarse que la religión cristiana, es entre todas la mas poética, la mas hermosa, la mas favorable á la libertad, á las artes y á las letras; que el mundo moderno la era demasiado unido en su fe; *que el mundo moderno*.

1 Véase la nota al fin de la obra, página 618.

2 Las *Cartas de algunos juítos portugueses* consiguen un momento favorable; pero desaparecieron ben pronto en el huracán antiteológico.

dor de todo, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas, desde los hospicios para los desgraciados hasta los templos edificidos por los Miguel Angeles y adornados por los Rafael's; se debía manifestar que no hay cosa mas divina que su moral, mas amable y mas justa; que se debía decir que fuese el espíritu, alambica el gusto, describe las pasiones tristes; da vigor al pensamiento, ofrece ideas nobles al escritor y modelos perfectos al artista (como sin rubor pedimos asegurarlo todo con Newton, Bossuet, Pascal y Racine); finalmente, era preciso llamar todos los encantos de la imaginación y todos los intereses del corazón al socorro de esta misma religión contra quien habian tomado las armas.

Estas breves cláusulas habrán manifestado sin duda al lector el plan de mi obra. Todos los demás géneros de apología son débiles, y aun tal vez serian muy inútiles. ¿Quién habrá que lea en el día una obra teológica? Solamente algunos hombres piadosos que no necesitan ser convencidos y algunos verdaderos cristianos que se hallan perseguidos de ella. Por lo mismo, no podrán tenerse algunos peligros en mirar una religión bajo un aspecto puramente humano? Mas ¿por qué razón? ¿Tiene por ventura nuestra religión algún medio de presentarse á la luz? La prueba mas grande de su celestial origen es que sufre sin rodeo el exámen más menudito y severo de la razón. ¿Sería justo pretender se nos cesase continuamente en cara que ocultáramos nuestros dogmas bajo el velo de una noche senta por temor de que fuese descubierta su falsedad? ¿Será acaso el cristianismo menos verdadero cuando parezca mas hermoso? Deterremos, pues, un miedo pusilánime. No dejemos perder la religión por exceso de religión. Ya no vivimos en aquellos tiempos en que bastaba decir: *Credid y no examinais*. En el día sufrirá su exámen á pesar nuestro; y el tardáramos un silencio tímido, aumentáramos el triunfo de los incrédulos y disminuiríamos el número de los fieles.

En una palabra, ya es tiempo de que se sepa á qué se reducen todas esas convenciones de *necesidades, groserías, hefezas y simplicidades*, que todos los dioses echan en cara al cristianismo; lo es de manifestar que lejos de minorar el pensamiento se acomoda maravillosamente á las cosas del alma; y que puede encantar el espíritu tan divinamente como todos los dioses de Virgilio y Homero. Nuestras razones tendrán á lo menos la ventaja de las podrá comprender todo el mundo y que no se necesitará mas que un buen sentido para hacer juicio de ellas. Tal vez se censurará en las obras de esta clase el que se use del idioma de sus lectores; pero es preciso ser doctor con el doctor y poeta con el poeta. Dios no nos prohibe los caminos sembrados de flores cuando sirven para conducirnos á él; y no son siempre los toscos y elevados senderos de las montañas los



que pisa la oveja descarriada cuando vuelve á su aprisco.

Nos atrevemos á asegurar que este modo de mirar el cristianismo presenta relaciones poco conocidas, á saber, que es sublime por la antigüedad de sus recuerdos, que alcanzan hasta la cuna del mundo; que es inefable en sus misterios, admirable en sus sacramentos, interesante en su historia, celestial en su moral, rico y encantador en sus adornos; y en fin, que llama en su favor toda especie de pinturas. ¿Queréis seguirle en la poesía? El Taso, Milton, Quercelle, Racine y Voltaire os dibujan sus milagros. ¿En las bellas letras, en la elocuencia, en la historia y en la filosofía? El os presenta á Bossuet, Fenelon, Massillon, Pascal, Euler, Newton y Leibnitz. ¿En las artes? ¿Qué obras tan bien acabadas! Si lo examináis en su culto, ¡qué cosas os dicen sus antiguas iglesias góticas, sus admirables oraciones y sus majestuosas ceremonias! ¿Entre su clerecía? Mirad todos esos hombres que os han transmitido el idioma y las obras de Roma y de la Grecia; todos los solitarios de la Tebaida; todos los lugares de refugio para los desgraciados; todos los misioneros de la China, del Canadá y del Paraguay, sin omitir las órdenes militares de donde tiene su origen la caballería. Las costumbres de nuestros antepasados, la pintura de nuestros antiguos días, la poesía y hasta los mismos romances y las cosas secretas de la vida, todo lo hemos interesado en nuestra causa. Hemos pedido alegrías á la cuna y llantos al sepulcro: unas veces con el monje maronita hemos habitado las cimas del monte Carmelo y del Líbano; otras, con las hijas de la Caridad hemos estado de vela á la cabeceira del enfermo; aquí dos esposos americanos nos han llamado á lo profundo de sus desiertos; allí hemos oído llorar á una virgen en la soledad de un claustro; Homero se ha venido á colorear junto á Milton, y Virgilio se ha puesto al lado de Taso. Las ruinas de Menfis y de Atenas han contrastado con las ruinas de los monumentos cristianos; los sepulcros de Ossian con nuestros cementerios del campo; en Saint-Denis hemos visitado la cenizas de los reyes; y cuando nuestro asunto nos ha obligado á hablar del dogma de la existencia de Dios, solo alegamos por pruebas las maravillas de la naturaleza: finalmente, hemos procurado mover el corazón del incrédulo por todos los medios posibles; pero no podemos disiparnos de poseer aquella maravillosa vara de la religion que hace brotar de la peña los manantiales de agua viva.

Toda nuestra obra se compone de cuatro partes, y cada una de estas se divide en seis libros. La primera trata de los dogmas y de la doctrina. La segunda y la tercera comprenden enteramente la poética del cristianismo, ó las relaciones que tiene nuestra religion sagrada con la poesía, la literatura y las artes.

La cuarta contiene el culto, es decir, todo lo que corresponde á las ceremonias de la Iglesia, y

todo lo que pertenece á la clerecía secular y regular.

Por lo demás hemos acercado frecuentemente los dogmas y la doctrina de los demás cultos á los dogmas y á la doctrina del culto evangélico; y para satisfacer á toda clase de lectores, hemos tocado tambien de cuando en cuando la parte histórica y mística de la religion. En el concepto, pues, de que el lector ha visto el plan general de la obra, vamos al artículo de los dogmas y de la doctrina; y para pasar á los misterios cristianos, daremos principio informándonos de la naturaleza de las cosas misteriosas.

## CAPITULO II.

### DE LA NATURALEZA DEL MISTERIO.

No hay cosa mas hermosa, mas dulce ni mas grande en la vida que las cosas misteriosas. Los sentimientos mas maravillosos son los que nos agitan con alguna confusion. El pudor, el amor casto y la amistad virtuosa están llenos de secretos. Se podia muy bien decir que los corazones que se aman se entienden á media palabra y están como entreabiertos. La inocencia, por su parte, que no es otra cosa que una santa ignorancia, ¡no es el mas inflexible de los misterios! La infancia es feliz porque no sabe nada y la vejez miserable porque lo sabe todo; pero por fortuna pasa, cuando fenecen los misterios de la vida comienzan los de la muerte.

Lo que sucede en esto con los sentimientos pasa con las virtudes. Las mas angelicas, como la caridad, son las que, descendiendo inmediatamente de Dios, desean ocultarse á la vista, como lo hace el Ser de quien dimanan.

Si pasamos á las cosas del espíritu, halláramos que los placeres del pensamiento son tambien unos verdaderos secretos. Estos son de una naturaleza tan divina que los primeros hombres del Asia no hablaban mas que por símbolos. ¿A qué ciencia se puede recurrir continuamente sino á la que siempre deja algo que adivinar, y suspende de la vista sobre una perspectiva infinita. Si nos extraviamos en el desierto, una especie de instinto nos hace evitar las llanuras, donde todo se presenta al primer golpe de ojo; nos dirigimos á esos bosques y á esas selvas (cunas de la religion), cuya sombra, ruido y silencio están llenos de prodigios; á esas soledades donde los enervos y las abejas alimentan á los primeros padres de la Iglesia, y en cuyos parajes excitámban aquellos hombres santos al gustar de tantas delicias: *Basta, Señor; moriré á fuerza de dulzuras si vivo no moderais mi alegría.* En una palabra, nosotros no nos detenemos al pié de un monumento moderno porque sabemos su origen; pero si por casualidad en medio del océano hallásemos de repente en una isla desierta una estatua de bronce cuyo brazo extendido señala las regiones donde

el sol se pone y cuya base llena de jeroglíficos se halla consumida por la mar y el tiempo, ¡qué manantial de meditaciones se presenta entonces al viajero! Todo está oculto, todo es desconocido en el universo. El hombre mismo ¿no es un misterio extraño? ¿De dónde provino el resplandor á que nosotros llamamos existencia, y en qué noche va á feneceer? El Dios eterno ha colocado el nacimiento y la muerte bajo la forma de dos fantasmas cubiertas, á los dos extremos de nuestra carrera; y desde lo alto de su trono ha puesto nuestra vida rodando en las alas del tiempo como una pequeña columna rota, sin base y sin capitel. No es pues extraño, en vista de la inclinacion que tiene el hombre á los misterios, que las religiones de todos los países hayan tenido como las palabras prodigiosas de las palomas de Dodone. La India, la Persia, la Etiopia, la Escitia, las Galias, la Escandinavia, tenían sus cuevas, sus montañas santas y sus encinas sagradas, donde el hecumen, el mago, el gimnosofista y el druida pronunciaban el inexplicable oráculo de los inmortales.

¡No permitis Dios que comparemos nosotros estos misterios con los de la verdadera religion, ni las inmutables profundidades del soberano que está en el cielo, con las frágiles oscuridades de aquellos dioses que son obra de las manos de los hombres! Únicamente hemos intentado manifestar que no hay religion sin misterios; estos son los que con el sacrificio constituyen la esencia del culto. El mismo Dios es el gran secreto de la naturaleza: la Divinidad estaba cubierta con un velo en Egipto, y el esfinge sentado sobre el umbral de sus templos.

## CAPITULO III.

### SOBRE LOS MISTERIOS CRISTIANOS.

#### De la Trinidad.

A primera vista se descubre en los misterios una gran ventaja de la religion cristiana sobre las de la antigüedad. Los misterios de estas no tenían parentesco alguno con el hombre, y cuando mas presentaban solo una materia de reflexiones para el filósofo, ó de enciencas para el poeta. Nuestros misterios, al contrario, se dirigen á nosotros mismos y contienen los decretos de nuestro ser. No se trata pues de una inútil colocacion de nombres, sino de la salvacion y felicidad del género humano. *Tú, ¡oh hombre! que conoces tan bien cada día tu ignorancia y tu flaqueza, no desprecies los misterios de Jesucristo, que son los de los desgraciados.*

La Trinidad, primer misterio de los cristianos, presenta una inmensa carrera de estudios filosó-

fos, ya se la considere en los atributos de Dios, ó ya se busquen las huellas de este dogma esparcido en el antiguo Oriente. Desprecie lo que no se puede comprender, es un maligno modo de razonar. Si prestásemos un poco de atención á las cosas mas simples y mas triviales de la vida, seria muy fácil probar que sabemos poco; y sin embargo, ¡pretendemos penetrar los arcanos de la sabiduría!

Es de creer que los egipcios conocieron la Trinidad, porque en la inscripcion griega del grande obelisco del circo mayor de Roma se lea: *El Dios grande, el engendrado por Dios y el Todo-resplandeciente* (Apelo, el Espíritu).

Heráclides de Ponto y Porfirio citan un oráculo famoso de Serapis.

*Todo es Dios en el origen; después el Verbo y el Espíritu; tres dioses co-engendrados entre sí y reuniéndose en uno solo.*

Los magos tenían una especie de Trinidad en sus Metris, Oromasis y Araminis, Mitra, Oromasis y Arimanes.

Platon parece que habla de este dogma en muchos lugares de sus obras.

No solamente, dice Dacier, se cree que había conocido el Verbo, hijo eterno de Dios, sino que sostienen tambien que conoció al Espíritu Santo, de que se infiere que tuvo alguna idea de la santísima Trinidad, porque á Dionísio el jóven le escribió:

*Expreis que manifeste á Archelomo lo que es mas preciso y divino y que tanto desearé saber, púeslo que expresamente me lo habéis preguntado; porque segun él me ha dicho, aun no estáis persuadido que yo os he explicado bastante el lo que pienso acerca de la naturaleza del primer principio. Os lo escribiré por enigmas para que si mi carta fuese interceptada en la tierra ó en el mar, no la entienda el que la lee. Todas las cosas están al rededor de su Rey; existen por él y solo él es la causa de las cosas buenas, segun do para las segundas y tercero para las terceras.*

En el *Epinomis* y en otras partes establece por principios al primer bien, al Verbo ó el entendimiento y al alma. El primer bien es Dios; el Verbo ó el entendimiento es el hijo de este primer bien, que lo ha engendrado semejante á él mismo, y el alma, que es el término entre el Padre y el Hijo, es el Espíritu Santo. <sup>1</sup>

Platon había tomado esta doctrina de la Trinidad de Timoo de Loeres, que la aprendió en la escuela itálica. Marsilio Ficino, en una de sus observaciones sobre Platon, manifiesta, apoyado en Jamblico, Porfirio, Platon y Máximo de Tiro,

1 Dacier cita el tomo III, carta II, pág. 312: sin duda del Platon de Sorranos; pero no todos los Platonos de Sorranos y de Ficino, de la Biblioteca real, señalan el mismo tomo, la misma página ni la propia carta.

2 Obras de Plat. trad. por Dacier; tomo I, p. 194.



que los pitagóricos concibian tambien la excelencia del término. Pitágoras la indicó igualmente en este símbolo:

*Monocato in primis habitum, triobolam et Triobolam.*

Los indios conocen la Trinidad.

“Lo más notable y singular que yo he visto en este asunto, dice el padre Calmeute, es un texto sacado del *Lavandastombon*, uno de sus libros... Comienza así: El Señor, el bien, el gran Dios, la palabra está en su boca. (La expresión de que se valen la personifica.) Habla después del Espíritu Santo en estos términos: *Tentus son spiritus perfectus*, y acaba por la creación atribuyéndola a un solo Dios.”

“Díre lo que he averiguado de la religión del Tibet. Los naturales de este país llaman á Dios *Konciosa*, y manifiestan tener alguna idea de la adorable Trinidad; porque unas veces le llaman *Konciokoch*, Dios uno, y otras *Konciokoch*, Dios trino. Se sirven de una especie de rosario sobre el cual pronuncian estas palabras, *om, ha, hu*. Cuando se les pregunta su sentido, contestan que *om* significa inteligencia ó *hara*, es decir, poder; que *ho* es la palabra; que *ana* es el corazón ó el amor, y que estas tres palabras significan Dios.”

Los misioneros ingleses han hallado en Otaiti algunos vestigios de la Trinidad entre los dogmas religiosos de los habitantes de aquella isla.

En la misma naturaleza nos parece divisar una prueba física de la Trinidad. Ella es el arquetipo del universo, ó por mejor decir, su divina obra. ¿No sería pues posible que la forma exterior y material participase del área interior y espiritual que la sostiene, al modo que Platón representaba todas las cosas corporales como la sombra de los pensamientos de Dios? El número tres parece ser en la naturaleza el término por excelencia. El tres no es engendrado, y engendra las otras fracciones, por cuya razón le solis llamar Pitágoras el número sin madre.”

Aun en las fábulas del politeísmo se puede descubrir cierta oscura tradición de la Trinidad. Las Gracias la tomaron por su término; la conoció el

1. Cartas edif. tomo XIV, p. 9.

2. Cartas edif. tomo 12, p. 437.

3. In Rep.

4. Hier. Com. in Pgt. El tres, simple por sí mismo, es el solo número que se compone de sí mismo, y el que hace un número simple cuando se descomponen: vosotros no podéis componer un número complejo sin el tres, como no es el dos. Las generaciones del tres son magníficas y necesarias á esta polvorosa unidad, que es el primer eslabón de la cadena de los números y el que llena el universo. Los antiguos hacían un gran uso de los números tomados metafísicamente, y no se puede decir que Pitágoras, Platón y los sacerdotes egipcios, de quienes heredaron esta ciencia, fueran locos ó tontos.

Tártaro por la vida y la muerte del hombre y por la venganza celestial; en fin, tres dioses hermanos componían reunidos el poder total del universo.

Los filósofos dividían el hombre *moral* en tres partes, y los padres de la Iglesia han creído encontrar en el alma del hombre la imagen de la Trinidad espiritual.

“Si imponemos silencio á nuestros sentidos, dice Bossuet, y nos encerramos por un poco de tiempo en el fondo de nuestra alma, es decir, en aquella parte en que se deja comprender la verdad, veremos allí alguna imagen de la Trinidad que adoramos. El pensamiento, que nosotros sentimos nacer como la semilla de nuestro espíritu y como el hijo de nuestra inteligencia, nos da una idea del Hijo de Dios, concebido desde la eternidad en la inteligencia del Padre celestial. Por esta razón el Hijo de Dios toma el nombre de Verbo, á fin de que entendamos que nace en el seno del Padre, no como nacen los cuerpos, sino como nace en nuestra alma la palabra interior que en ella sentimos cuando contemplamos la verdad.”

“Pero la fecundidad de nuestro espíritu no se limita á esta palabra interior, á este pensamiento intelectual ni á esta imagen de la verdad que se forma en nosotros. Nosotros amamos ya esta palabra interior, ya el espíritu de donde ella nace, y amándola sentimos en nosotros mismos una cosa que no nos es menos preciosa que nuestro espíritu y nuestro pensamiento, que es el fruto de uno y otro, que los une, que se une á ellos y con ellos no compone mas que una misma vida.”

“De este modo, con respecto á la relación que puede haber entre Dios y el hombre, se produce en Dios el amor eterno que sale del Padre que piensa y del Hijo que es su pensamiento, para formar con él y su pensamiento una misma naturaleza igualmente *filii* y *perfecti*.”

Veal aquí un hermoso comentario en una sola palabra del Génesis: *Engamus al hombre*.

Tertuliano en su *Apologético* se explica en los términos siguientes acerca del gran misterio de nuestra religión:

“Dios ha criado el mundo por su palabra, su razón y su poder. Vuestros mismos filósofos convienen en que *logos*, que es verbo y la razón, es el criador del universo. Los cristianos solamente añaden que la propia sustancia del verbo y la razón, quiero decir, la sustancia por la que Dios lo ha producido todo, es *espíritu*; que esta palabra ó el verbo, ha debido ser pronunciada por Dios; que Dios habiéndola pronunciado la engendró, y que de consiguiente él es *hijo* de Dios, y *Dios* á causa de la unidad de sustancia. Aunque el sol prolongue un rayo no se separa su sustancia, sino que se extiende. De este modo el verbo es *espíritu* de espíritu y *Dios* de Dios, como una luz encien-

1. Bossuet, *Hist. univ.* seg. part. pág. 167 y 168, tomo II, ed. ester.

“da con otra. Así, lo que procede de Dios es *de Dios*; y los dos con su espíritu no componen mas que uno; se diferencian en propiedad, no en número; se distinguen en orden, no en naturaleza; el hijo ha salido de su principio sin dejarle. Este rayo de Dios bajó, pues, al seno de una virgen, se revistió de carne, se hizo hombre unido á Dios. Esta carne sostenida del espíritu se alimenta, crece, habla, enseña y obra: *este es Cristo*.”

Esta demostración de la Trinidad la pueden comprender los entendimientos más simples. Es preciso tener presente que Tertuliano hablaba á unos hombres que perseguían á Jesucristo, y que no hubieran estimado menos hallar el modo de atacar la doctrina que á la persona de sus defensores. No aumentaremos estas pruebas; las dejaremos al cuidado de aquellos que han estudiado la secta idólicia y la alta teología cristiana.

En cuanto á las imágenes por las cuales el más admirable de los misterios se acomoda á la debilidad de nuestros sentidos, apenas podemos concebir cuán ridículo parecerá en la poesía el formidable triángulo de fuego que se imprime en la nuebe oscura. Tomando el Padre la figura de un vije y siendo ya como majestoso antepasado de los tiempos, ó estando representado como una ofusión de luz, no nos parece una pintura inferior á las de la mitología. Pero solo el mismo cielo pudo mostrarnos el Espíritu criador y el espíritu sublime de Jchovah, significado por el emblema de la dulzura, del amor y de la inocencia. ¿Se siente Dios molesto de la necesidad de sembrar su palabra? El Espíritu no es ya aquella palabra que cubría á los hombres con sus alas de paz; vuelve á tomar su fuego abrasador, y este es como el fuego visible, una lengua de fuego que habla todos los dialectos de la tierra y cuya elocuencia levanta ó derroca los imperios.

Para pintar al Hijo divino, nos bastará leer las palabras de aquel que le contempló en su gloria. “Estabas sentado sobre un trono, dice el Apóstol; resplandecía su cara como el sol en su mayor fuerza, y sus pies como el bronce derretido en la fragua: sus ojos eran dos llamas. Una espada de dos filos salía de su boca; tenía en la mano derecha siete estrellas, y en la izquierda un libro sellado con siete sellos. Había delante de sus labios un río de luz. Los siete espíritus de Dios brillaban delante de él como siete lámparas; y salían de su cascabel voces, relintidos y rayos.”

#### CAPÍTULO IV.

##### DE LA REDENCION.

Así como la Trinidad encierra los secretos del orden metafísico, del mismo modo la Redención

contiene las maravillas del hombre y la inexplicable historia de sus fines y de su corazón. ¡Con qué profundo espanto, si se detiene un poco en las meditaciones del pensamiento, no se verá llegar estos dos grandes misterios que ocultan bajo sus sombras las primeras intenciones de Dios y el sistema del universo! La Trinidad confunde nuestra pequeñez, abate nuestros sentidos con su gloria, y nos retiramos amonadados delante de ella; pero la interesante Redención, llenando los ojos de lágrimas, nos impide que se deslumbraren y les permite que se fijen por un momento sobre la cruz.

Al instante se vo salir de este misterio la doctrina del pecado original, que explica todo lo que es el hombre. Si no admitimos esta verdad concebida por la tradición de todos los pueblos, nos hallaremos cubiertos de una noche impenetrable. Sin esta mancha primera ¿cómo podremos dar noticia de la inclinación viciosa de nuestra naturaleza, combatida siempre por una voz secreta que nos dice fuimos formados para la virtud? ¿Cómo podremos explicar la aptitud que tiene el hombre para el dolor? ¿Cómo aquellos sudores que fecundaron un surco terrible? ¿Cómo las lágrimas, los disgustos y las desdichas del justo? ¿Cómo los triunfos é impunes delitos del delincuente? ¿Y cómo, en fin, se podrá explicar todo esto sin admitir una caída primitiva? Por no haber conocido esta degeneración, los filósofos de la antigüedad incurrieron en tan grandes errores é inventaron el dogma de la reminiscencia. ¡Ah! para convencernos de la verdad fatal de donde nace el misterio que nos rescata, necesitaríamos más pruebas que aquella maldición pronunciada contra Eva; que diariamente se cumple á nuestra vista. ¿Qué cosas no se experimentan en el rompimiento de las entrañas, sin embargo de la felicidad de la maternidad! ¿Qué misteriosos anuncios del hombre y de su doble destino, predicho á un mismo tiempo por el dolor y la alegría de la mujer que le paró! ¿Se podrá engañar acerca del camino del Altísimo, experimentando los dos grandes fines del hombre en los dolores de su madre, y dejar de reconocer á un Dios hasta en una maldición?

Además de esto, cada día vemos castigado á un hijo por las culpas de su padre y á un descendiente virtuoso por el delito de un malvado ascendiente vicioso; lo que prueba demasiado la doctrina del pecado original. Sin embargo, un Dios todo lleno de bondad é indulgencia, sabiendo que perecíamos todos por esta caída, vino á salvarnos á pesar de nuestra ceguera; no presentemos, pues, á nuestro espíritu, sino á nuestro corazón, como puede morir un Dios siendo los hombres culpables. Admiremos este misterio de amor. Si este perfecto modelo de un buen hijo, este ejemplo de los amigos fieles, la retirada al monte de las Olivas, el esbir amargo, el sudor de sangre, la dulzura de alma, la sublimidad de



espíritu, la cruz, el velo rasgado, la pefa hendidá, las tumbas de la naturaleza, y finalmente, si este Dios expirando por los hombres no puede arrebatar vuestro corazón ni inflamar vuestros pensamientos, es de temer que no se encuentren jamás en vuestras obras, así como tampoco se encuentran en las de los poetas, "milagros de tanto bulto," *speciosa miracula*.

Puede ser que se me diga que las imágenes no son razones; estamos en un siglo ilustrado que nada admite sin pruebas. Pero que esto sea así; no han faltado personas que dudén de ello, y no nos admirará que nos hagan la objeción precedente. Cuando se pretendió argumentar seriamente contra el cristianismo, se hallaron también las defensas hechas por Orígenes, Clarke y Bossuet; de modo que viéndose atacados por tan terribles adversarios, se valieron de subterfugios, echando en cara al cristianismo las mismas disputas metafísicas en que querían meternos. Decían, como Arrio, Celso y Porfirio, que nuestra religión es un tejido de sutilezas que nada ofrecen a la imaginación ni al corazón, y que no tienen por setarios sino á locos y tímidos. Se presenta uno que repudiando á estos últimos cargos procura demostrar que el culto antiguo es el mismo que el del poeta y el del alma tierna; pues no se dejará de gritar contra él: ¡Ah! ¿qué prueba todo esto sino que vos sabéis poco más ó menos hacer bien un retrato? ¿Así queréis pintar y tocar: pues se os pedirán las acciones y los correlarios. ¿Queréis razonar? pues no necesitáis más que sentimientos ó imágenes. Es muy difícil juntar unos enemigos tan ligeros y que jamás se presentan en el campo á donde os desafían. Aventuraremos, pues, algunas definiciones acerca de la redención para manifestar que la teología del cristianismo no es tan absurda como se quiere suponer.

Una tradición universal nos enseña que el hombre ha sido criado en un estado más perfecto que aquel en que al presente se halla, y que ha experimentado en él una caída. Esta tradición se corrobora con la opinión de los filósofos de todos los tiempos y países, que jamás pudieron hacer un juicio cabal del hombre sin suponer un primitivo estado de perfección, de la cual la caída de la naturaleza humana por su culpa.<sup>1</sup>

Si el hombre fué criado, seguramente lo ha sido para algún fin: siendo, pues, criado perfecto, el fin á que él había sido destinado tampoco podía dejar de serlo.

Además, ¿la causa final del hombre fué alte-

1. Orig. c. Cel. lib. III, p. 144. Arrio llama débiles á los cristianos. Arr. Antonin. ap. Tertul. at. scap. c. 4. lib. in Soh. Malela Chronie. Porfirio da á la religion el epíteto de bárbara audacia. Porph. ap. Eus. Hist. Eccles. VI, c. 9.

2. Vid. Plat. Arist. Sen. los santos PP. Pascal, Grot. Arn. etc. etc.

rada por su caída: No, porque el hombre no fué criado de nuevo, ni tampoco ha sido aniquilada la especie humana para que otra la sustituya.

De este modo, hecho el hombre mortal é imperfecto por su desobediencia, ha quedado no obstante con unos fines inmortales y perfectos. Pero ¿cómo había de poder llegar á estos fines en su actual estado de imperfección? Es cierto que no podía conseguirlo con sus propias fuerzas, del mismo modo que un hombre enfermo no puede elevar sus pensamientos á la misma altura que un hombre sano. Entre la fuerza y la cosa que con ella se ha de levantar, hay alguna desproporción; y ve aquí cómo ya se deja conocer la necesidad de una ayuda ó de una redención.

Tal vez se dirá que este razonamiento sería muy á propósito para el primer hombre, pero que nosotros no somos capaces de nuestros fines. ¿Qué injusticia y qué necesidad es la de pensar que todos nosotros hemos de ser castigados por la culpa de nuestro primer padre!

Sin decidir aquí si Dios tuvo ó no razón para hacernos á unos fladores de otros, todo lo que sabemos y lo que nos basta saber en el día es que existe esta ley. Nos consta que por todas partes sufre un hijo inocente el castigo que merecía el delito de su padre; que esta ley está de tal modo ligada al principio de las cosas, que se repite hasta en el orden físico del universo. Cuando nace un niño todo agargado por causa de los excesos de su padre, ¿por qué no se queja de la naturaleza? Porque al fin, ¿qué es lo que ha hecho este niño inocente para cargar sobre él la pena de los vicios ajenos? ¡Ah! las enfermedades del alma se perpetúan también como las del cuerpo, y el hombre se halla castigado en su última posteridad por la culpa que le hizo partícipe de la primera levadura del delito.

Verificada así esta caída por la tradición general, por las consecuencias morales y físicas que afligen al universo, y estando por una parte reconocida la sucesión del castigo, y permaneciendo por otra los fines del hombre tan perfectos como antes de la desobediencia; aun cuando el hombre haya degenerado, se sigue que una redención ú otro cualquier medio de hacerle capaz de sus fines, es una consecuencia natural del estado en que ha caído la naturaleza humana.

Admitida la necesidad de una redención, es preciso buscar el orden en donde podamos hallarla. Este orden puede tomarse ó en el hombre ó sobre el hombre.

1.º En el hombre. Para suponer una redención, es necesario que el precio sea cuando menos proporcionado á la cosa redimida. ¿Cómo, pues, se puede suponer que siendo el hombre imperfecto y mortal, se pudiese ofrecer á ganar de nuevo un fin perfecto é inmortal? Ni cómo tampoco el hombre, participante de la culpa primitiva, podía ser suficiente á satisfacer, no solo la porción del pecado que le correspondiese, sino

la que pertenecía á todo el resto del género humano: Para semejante oferta ¿no era necesario un amor y una virtud superiores á la naturaleza? El cielo parece que quiso dejar pasar cuatro mil años desde la caída hasta el restablecimiento, con el fin de dar tiempo á los hombres para que reflexionasen cuán insuficientes eran sus virtudes, degradadas por el pecado, para un sacrificio semejante.

2.º Solo, pues, nos resta el segundo supuesto, á saber, que la redención debía proceder de una condición superior al hombre. Veamos si podía provenir de unos seres intermedios entre Dios y él.

He aquí una bella idea de Milton, por la que supone que después del pecado del hombre preguntó el Eterno Padre á los consternados espíritus del cielo si habría en él alguna potencia que quisiese ofrecerse por la salud del hombre: Todas las jerarquías divinas permanecieron mudas, y sin embargo de tantos serafines, tronos, querubines, dominaciones, ángeles y arcángeles, ninguno de ellos se sintió con fuerzas bastantes para ofrecerse á tan gran sacrificio. Este pensamiento del poeta es una rigurosa verdad en la teología. En efecto, ¿dónde habían de ir los ángeles á proveerse en favor del hombre de un amor tan inmenso como el que supone el misterio de la cruz? Por otra parte, habremos de confesar que la mas sublime de las potestades criadas no tendría fuerza bastante para cumplirlo. Efectivamente, ninguna sustancia angélica podía, por la debilidad de su esencia, cargarse de aquellos dolores que, según Massillon, reunieron sobre la cabeza de Jesucristo todas las *agonyas fiebres* que podía suponer el castigo de todos los pecados cometidos desde el principio del mundo, ni tampoco de todas las *penas morales y recordamientos* que debían sufrir los pecadores al cometer el delito. Si el mismo Hijo del hombre halló el caliz amargo, ¿cómo era posible que un ángel hubiese podido aplicar á él los labios? Seguramente no le hubiera sido posible beber las heces, y de consiguiente quedaría sin consumarse el sacrificio.

Así que no podíamos tener por redentor sino á una de las tres personas que existían desde la eternidad; y entre estas tres divinas personas se ve que solo el Hijo por su misma naturaleza debía obrar nuestra redención. Solo podía reconciliar á Dios con el hombre un amor que abraza todas las partes del universo, un medio que reúne los extremos; y un principio vivificante de la naturaleza. Vino efectivamente como un nuevo Adán, hecho hombre según la carne en el seno de María, según la moral por su Evangelio y según Dios por su esencia. Nació de una virgen por no participar de la culpa original y para ser una víctima sin mancha, y nació en un establo, en el grado inferior de las condiciones humanas, porque nuestra caída había procedido de la so-

berbia. Aquí comienza la profundidad del misterio, el hombre se turba y se quitan los velos.

De este modo, el término á que podíamos llegar antes de la desobediencia se nos propone de nuevo por los méritos de la sangre de Jesucristo; pero el camino para llegar á él no es el mismo. Mientras que Adán fué inocente, podía haberlo conseguido por caminos emboscados; mas después de su pecado no podía subir ya sino atravesando precipicios. La naturaleza padeció mutación desde la culpa de nuestro primer padre, y la redención no tuvo por objeto hacer una nueva creación, sino hallar una salvación final para la primera. Todo, pues, ha degenerado con el tiempo, y este rey temporal del universo, que por haber sido criado inmortal debería elevarse, sin mudar de existencia, á la gloria de las potestades celestiales, ya no puede gozar jamás de la presencia de Dios sin pasar primero por los *desiertos del sepulcro*, según la expresión de san Crisostomo. Su alma ha sido libertada de la destrucción final por medio de la redención; pero su cuerpo, juntando la impureza natural de la materia con la mancha del pecado, incurrió en todo su rigor en la sentencia primitiva: cae, se hunde y se disuelve. Así Dios, después de la caída de nuestros primeros padres, cediendo á las instancias de su hijo y no queriendo destruir á todo el hombre, inventó la muerte como una semi-nada á fin de que el pecador sintiese el horror de aquella nada entera á que estaba destinado, á no ser por los prodigios de su celestial amor.

Nos atrevemos á presumir que si hay algo de claro en la metafísica, lo es la cadena de este razonamiento: aquí no hay palabras traídas con violencia, no hay divisiones ni subdivisiones, ni esos frases oscuras ni bárbaras. De nada de esto se compone el cristianismo, según nos lo quieren persuadir las burlas de los incrédulos. El Evangelio se predicó al pobre de espíritu y lo entendió; este es el libro mas claro de los que existen. Su doctrina no tiene su trono en la cabeza, sino en el corazón; no enseña á disputar, sino á vivir bien, por cuya razón no está sin secretos; y lo que hay de mas inefable en el Evangelio, es la continua mezcla de los mas profundos misterios con la mayor simplicidad: estos dos caracteres son la fuente de donde nace lo divino y lo sublime. No hay que extrañar que hablé con tanta elegancia la obra de Jesucristo. Las verdades de nuestra religión son tales, sin embargo del poco aparato en la necesidad de admitir todo lo demás. Aun queda que decir: si esperáis eludir la fuerza negando la base, como por ejemplo el pecado original, bien pronto os veréis en la precisión de pasar de consecuencia en consecuencia y perdidos en el ateísmo. Desde el mismo punto en que admitáis un Dios, entra á pesar vuestro la religión cristiana, como lo han notado Clarke y Pascal. Ved aquí una cosa superior á las humanas







hay una mezcla divina de teología y de moral, de misterios y de una santa simplicidad, no habrá jamás cosa divina en la religión.

El bautismo, pues, considerado en una esfera más elevada y como figura del remedio de nuestra redención, es un baño que restituye al alma su primitivo vigor. No se puede recordar sin envidia la felicidad de los tiempos pasados, cuando los bosques no tenían bastante silencio, ni las cuevas suficiente capacidad para los fieles que iban a ellas a meditar los santos misterios. Aquellos primitivos cristianos, testigos de la renovación del mundo, estaban ocupados de pensamientos muy diferentes de los que en el día nos agobia hacia la tierra; somos cristianos envejecidos en el siglo, y no en la fe. En aquellos felices tiempos tenía la sabiduría su cátedra sobre las peñas y su habitación con los leones en las entrañas de los montes, donde iban los reyes a consultar al solitario. ¿Qué pronto han pasado aquellos tiempos! ya no hay un san Juan en el desierto, ni el feliz catecúmeno volverá a sentir sobre sí las ondas del Jordán, que arrastraban a los marcos todas sus manchas.

Al bautismo se seguirá hablar de la confesión; y la Iglesia con una prudencia de que ella sola es capaz, fijó la época de la confesión en la edad en que la idea del delito puede ser conocida. Es cierto que a los siete años tiene el muchacho las nociones suficientes del bien y del mal. Todos los hombres, y hasta los mismos filósofos, dejando aparte las opiniones, han mirado el sacramento de la penitencia como una de las más fuertes barreras contra el vicio y como la obra maestra de la sabiduría. «Cuantas restituciones, cuántos desagrazos, dice Rousseau, ha conseguido la confesión entre los católicos!»<sup>1</sup> «La confesión, según Voltaire, es cosa muy excelente, es un freno contra el delito inventado en la más remota antigüedad; se confesaban al celebrar los antiguos misterios. Nosotros hemos imitado esta antigua costumbre santificándola, y es la más a propósito para obligar los corazones rencorosos a perdonar.»<sup>2</sup>

Si en esta saludable institución, caería el culpable en la desesperación. ¿A qué seno iría este a descargar el peso de su corazón? ¿Iría al de un amigo? ¡Ah! ¿quién puede contar con la amistad de los hombres! ¿Se hará para esto de los desertos? Los desertos, sabedores de un delito, resuenan siempre con el ruido de aquellas trompetas que el parricida Nerón creía oír al rededor del sepulcro de su madre.<sup>3</sup> Cuando falta la compasión a la naturaleza y a los hombres, importa mucho hallar un Dios dispuesto a perdonar; solo a la religión cristiana correspondía haber hecho dos hermanas de la inocencia y del dolor.

1. Emilio, t. 3, p. 201, en la nota.

2. Cuest. Enciclop. t. III, p. 234.

3. Tacit. Hist.

## CAPÍTULO VII.

### DE LA COMUNION.

La comunión nos presenta unos caracteres mucho más sublimes, al paso que se hermosa con mil gracias. A la edad de doce años y en el tiempo de la primavera, es cuando el joven se une a su Criador. Después de haber llorado la muerte del Redentor del mundo con las montañas de Sion y recordado las nieblas que cubrieron la tierra, la cristiandad suspende su dolor; resucitan las campanas, se descubren los santos, los gritos de gozocijo y el cántico de *Abdaga* de Abraham y de Jacob resuenan en las bóvedas de las iglesias.

Unas jóvenes vestidas de lino y unos muchachos adornados de hojas, se dirigen al templo por un camino sembrado de las primeras flores del año, repitiendo nuevos cánticos y siguiéndoles sus padres llenos de alegría. Al instante baja Jesucristo al altar para estas almas delicadas. El pan de los ángeles se pone sobre la lengua veraz a la que no ha manchado ninguna mentira, mientras que el sacerdote bebe la sangre meritoria del Cordero.

Todos los corazones están poseídos de un recogimiento interior en esta solemnidad, en que Dios recuerda un sacrificio sangriento bajo las especies más apacibles. A las incomprendibles alturas de estos misterios se unen los recuerdos de unas escenas las más placenteras. Parece que la naturaleza resuscita con su Criador, y el ángel de la primavera le abre las puertas del sepulcro, como el espíritu de luz que levantó la piedra de su glorioso monumento. La edad de los que comulgan y la estación del año que empieza, confundiendo sus juvenidades, sus armonías y sus inocencias. El pan y el vino anuncian las dones que ofrecen los campos prontos a madurar, recordando los retratos de la agricultura. Finalmente, baja Dios a las almas de estos jóvenes para fecundarlas, al modo que en esta estación baja al seno de la tierra para hacerla producir flores y riquezas.

Pero acaso se me dirá: ¿qué significa esta comunión mística en que la razón se ve precisada a someterse a una necesidad que no reporta provecho alguno a las costumbres?

Permitásenos por de pronto responder en general a favor de todos los ritos cristianos, que son de la más alta moralidad, por solo el motivo de haberlos practicado nuestros padres, por sola la causa de haber sido cristianas nuestras madres en nuestras cunas, y en fin, porque la religión ha empleado sus cánticos al rededor del túmulo de nuestros abuelos y deseado la paz a sus cenizas.

Pero aun en el supuesto de que fuese la comunión una ceremonia meramente pueril, es mucha ceguera no ver que una solemnidad precedida de una confesión austera y de acciones virtuosas, después de una larga serie de acciones virtuosas, es por su esencia muy favorable a las costumbres.

En efecto, lo es en tal grado, que con solo llegarle el hombre dignamente al sacramento de la Eucaristía una sola vez al mes, sería necesariamente el más virtuoso de la tierra. Si este razonamiento lo cambiamos de individual en colectivo, es decir, del hombre al pueblo, encintráremos que la comunión es una legislación entera.

«Ved pues aquí, dice Mr. Voltaire (cuya autoridad no será sospechosa), á unos hombres que reciben á Dios en su pecho en medio de una ceremonia augusta y á la claridad de cien luces, después de una música que ha embalsado sus sentidos y al pie de un altar de oro brillante. La imaginación está sujeta, el alma embargada y enternecida; apenas respira uno, cuando se ha desasado ya de todos los bienes terrenos y unido con Dios, que está en nuestra carne y en nuestra sangre. ¿Quién después de esto se atreverá á pedir clemencia ni á un de pensamiento una sola culpa? Sin duda era imposible imaginar un misterio que contuviese más fuertemente á los hombres en la virtud.»<sup>1</sup>

Si nosotros nos explicásemos con esta fuerza, nos tratarían seguramente de fanáticos é insensatos.

La Eucaristía tuvo su principio en la noche de la cena; y aquí convidamos á los pintores para que vean aquí hermoso cuadro en que se presenta Jesucristo pronunciando estas palabras: *Este es mi cuerpo*. Cuatro cosas hay que notar aquí, intensas todas, aunque menos divinas unas que otras.

1.<sup>o</sup> En el pan y el vino *materiales* se ve la consagración del alimento de los hombres, que viene de Dios y lo recibimos de su munificencia. Aun cuando no hubiese otra cosa en la comunión que este ofrecido de las riquezas de la tierra hecha al que las dispensa, bastaría para colocarla junto á las más bellas costumbres religiosas de la Grecia.

2.<sup>o</sup> La Eucaristía recuerda la Pasena de los israelitas; que sube hasta el tiempo de los Faraones, anuncia la abolición de los sacrificios sangrientos, y es también la imagen de la vocación de Abraham y de la primera alianza de Dios con el hombre. Todo cuanto hay de grande en la antigüedad, en la historia y en la legislación, se halla, digámoslo así, en la comunión del cristiano.

3.<sup>o</sup> La Eucaristía anuncia la reunión de los hombres en una dilatada familia de hermanos: enseña el fin de las enemistades, la igualdad natural y el principio de una nueva ley, que no conocerá á los judíos ni á los gentiles, y convidará a una misma mesa á todos los descendientes de Adán.

4.<sup>o</sup> En fin, se descubre también en la Eucaristía el misterio directo y la real presencia de Dios en el pan consagrado. Aquí es preciso que el alma se eleve por un momento hacia aquel mundo

intelectual que le estuvo abierto antes de su caída.

En el momento en que el Todopoderoso crió al hombre a su imagen y le animó con el soplo de vida, hizo alianza con él. Dios y Adán se divertían juntos en la soledad. Esta alianza quedó luego rota por derecho, á causa de la desobediencia, y desde entonces ni Dios podía comunicarse con la muerte, ni la espiritualidad con la materia.

Entre dos cosas de propiedades diferentes no podía verificarse un punto de contacto sino por un medio. El primer esfuerzo que hizo el amor divino para acercarse á nosotros, fué por la vocación de Abraham y el establecimiento de los sacrificios; figuras que anunciaban al mundo la venida del Mesías. Restableciéndonos el Salvador en nuestros fines, como dejamos manifestado en el capítulo de la Redención, de allí también reintegramos en nuestros privilegios, el mayor de los cuales sin duda era el de comunicar con el Criador. Mas esta comunión no podía tener lugar inmediatamente como en el paraíso terrenal; lo primero, porque nuestro origen quedó manchado, y lo segundo, porque nuestro cuerpo, sujeto al sepulcro, quedó muy débil para comunicarse directamente con Dios sin morir. Era, pues, necesario un medio mediato, cual es el que nos proporcionó su Hijo divino. Este se ha dado al hombre en la Eucaristía, y es el camino sublime por donde nos reunimos de nuevo á aquel de quien dimana nuestra alma.

Pero si el Hijo quedó en su esencia primitiva, es evidente también que en la tierra hubiera existido la misma separación entre Dios y el hombre, por cuanto no puede haber unión entre la pureza y el delito y entre la verdad eterna y el sueño de nuestra vida. El Verbo, entrando en el seno de una mujer, se hizo semejante á nosotros. Este, pues, toca por un lado á su padre por su espiritualidad, y por otro se une á la carne por su egie humana. Viene á ser aquella aproximación buscada entre el hijo culpable y el padre misericordioso. Ocultándose bajo el accidente de pan, queda hecho un objeto sensible á los ojos corporales, un objeto intelectual para los ojos del alma. Si escogió el pan para ocultarse, fué porque el trigo es un emblema noble y puro del alimento divino.

Si esta alta y misteriosa teología, de la cual nos contentamos presentar algunos rasgos, espanta á algunos de nuestros lectores, tengan presente cuántas luces difunde esta metafísica junto á la de Pitágoras, Platon, Timeo, Aristóteles, Carneades y Epicuro. En ella no se halla ninguna de esas ideas abstractas, para cuya inteligencia es preciso crear un lenguaje incomprensible al común de los hombres.

Haciendo un resumen de lo que dejamos dicho acerca de la comunión, advertimos que á primera vista presenta una pompa embalsadora; que enseña la moral, no solo por la pureza que se re-

1. Cuestiones sobre la Enciclop. t. IV, edición de Ginebra.



quiere para acercarse a ella, sino por ser la ofrenda de los dones de la tierra hecha al Criador: recuerda tambien la sublime é interesante historia del Hijo del hombre, y uniéndose al recuerdo de la Pasena y de la primera alianza, va á perderse en la noche de los tiempos igualmente conviene con las ideas primeras acerca de la naturaleza del hombre religioso y político, y expresa la antigua igualdad del género humano; finalmente, abraza la historia mística de la familia de Adán, su caída, su restablecimiento y su reunion con Dios.

## CAPÍTULO VIII.

LA CONFIRMACION, EL ORDEN Y EL MATRIMONIO. EXÁMEN DEL VOTO DE CASTIDAD BAJO SUS RELACIONES MORALES.

No se deja de notar algun espacio, cuando se trata de señalar la época de la vida que ha fijado la religion para el grande himno del hombre y el momento en que el corazón se inclina con el fuego de las pasiones, es justamente el en que puede concebir al Ser supremo. Dios, pues, es el mismo espíritu de quien repentinamente se siente atormentado el joven, y el que llena las facultades de su alma inquieta, y engañada; pero se aumenta el peligro, y necesita de nuevos socorros esta viajeros sin experiencia, expuesto en el camino del mundo. No haya miedo que le olvide la religion; tiene de reserva un apoyo para su alma titubeante. La confirmacion viene á sostener sus trémulos pasos, lo mismo que el baston en las manos de un viejo, y los centros que pasan de raro en raro en raras entre los antiguos reyes, sobre los que se apoyaban los Evandros y los Nestores, pastores de los hombres, cuando juzgaban á todos los pueblos. Notamos que en el sacramento de la confirmacion se encierra la moral céntrica de la vida. Todo aquel que se halla con fuerza para confesar á Dios, abraza la virtud, cometer un delito es renegar del Criador.

El mismo espíritu de sabiduría coloca inmediatamente después del sacramento de la confirmacion el del orden y el del matrimonio. Habiendo llegado el niño á la edad viril, la religion, que nunca le pierde de vista en el estado de la naturaleza, le considera todavia en sus relaciones con la sociedad. Admirad aqui la profundidad de los designios del legislador de los cristianos. No estableció mas que dos sacramentos sociales, si así podemos hablar, y en efecto, dos son los estados de la vida, el del celibato y el del matrimonio. De este modo Jesucristo, sin embrazarse con todas las intenciones civiles inventadas por nuestra limitada razon, divide la sociedad en solas dos clases, á las cuales no impone leyes políticas, sino morales, en lo que se halla conforme con toda la antigüedad. Los antiguos sabios del Oriente que dejaron tanta fama, no juntaban un

tropel de gente reunida por una mera casualidad, con el fin de forjar tristes constituciones. Aquellos legisladores eran unos venerables solitarios que viajaron largo tiempo, y alababan á sus dioses con cánticos en la lira. Cargados de las riquezas que habian adquirido en naciones extranjeras, y aun mucho mas ricos con los dones de una vida santa; con el laud en la mano, una corona de oro en su cabeza blanca y sentados bajo un platano, aquellos poetas divinos dictaban sus sabias lecciones á todo un pueblo lleno de embelleso. Pero cuales eran estas instituciones de Andion, Cadmo, Licurgo y Orfeo? No eran otra cosa que una sonora música llamada ley, unos bailes religiosos, unos cánticos, unas encenas consagradas, unos viejos conduciendo á unos jóvenes, unos himnos, un himno celebrado al lado de un sepulcro, la religion y Dios sobre todo. Va aqui tambien lo que ha hecho el cristianismo, aunque de un modo mucho mas admirable.

Pero los hombres nunca están de acuerdo acerca de los principios, y hasta las instituciones mas sabias han tenido sus difamadores. En los últimos tiempos se levantó el grito contra el voto de castidad anexo al sacramento del orden. Los unos, buscando por todas partes armas, contra la religion, han creído poderlas hallar en la religion misma, pretendiendo renovar la antigua disciplina de la Iglesia, que segun ellos permitia el matrimonio al sacerdote; los otros se han contentado con hacer á la castidad cristiana el objeto de sus burlas. Contestemos, pues, á las gentes serias y á las objeciones morales.

Es cierto que el celibato del clero católico no se fijó para siempre hasta el segundo concilio de Letran, celebrado en el año de 1139, que expresamente lo determina por su canon sétimo. Los que quieren subir esta ley á tiempos mas remotos, citan algunas disposiciones del concilio Letranense, celebrado en el año de 1123; el Tribunense, celebrado en 893; el de Troas, en el de 908; el de Toledo, en el de 633; y el de Calcedonia, en el de 461. Baronio prueba que en el siglo sexto era general en el clero el voto de castidad. Un canon del primer concilio de Teusa excomulgaba al presbitero, ó un subdiacono que conservase la mujer después de haber recibido las órdenes. «Si se encontrase algun presbitero con su presbitera, ó un diacono con su diaconisa, ó un subdiacono con su subdiaconisa, se quede excomulgado por un año entero». La virginidad fue mirada desde el tiempo de san

1. Can. 21.

2. Cap. 28.

3. Cap. 8.

4. Can. 52.

5. Can. 16.

6. Baron an. 88, n. 18.

7. Can. 20. «Si inuentus fuerit presbiter, cum uxore presbitera, aut diaconus cum sua diaconissa, aut sub-

Pablo como el estado mas perfecto de un cristiano.

Pero aun admitiendo por de pronto que en la primitiva Iglesia se haya tolerado el matrimonio de los clérigos, lo que no puede sostenerse históricamente y canónicamente, no resultaría de ello que en el día les fuese licito contraerlo. Las costumbres modernas se oponen á esta innovacion, la cual destruiría enteramente la disciplina de la Iglesia.

En los antiguos tiempos de la religion, que eran días de combates y de triunfos, los cristianos en corto número y adornados de toda suerte de virtudes, vivian juntos como hermanos, gustaban de los mismos placeres y participaban de las mismas tribulaciones en la mesa del Señor. Entónces podía el pastor tener sus hijos en medio de esta santa sociedad, que era tambien su familia; sus propios hijos no le apartaban del cuidado de las otras sus ovejas, por cuanto eran parte de su rebaño; tampoco podía revelar el secreto de la confesion, porque no habia pecados que ocultar, además de que las confesiones se hacian en voz alta en las catacumbas, que son las *basilias de la muerte*, segun la expresion de san Jerónimo, en las cuales se juntaban los fieles para orar sobre las cenizas de los mártires. Aquellos cristianos habian recibido del cielo un sacerdocio que nosotros hemos perdido. No tanto era esta una asamblea del pueblo como una comunidad de levitas y de religiosos; el bautismo les habia hecho á todos sacerdotes y confesores de Jesucristo.

San Justino el filósofo hace, en su primera apologia, una admirable pintura de la vida de los fieles de aquellos tiempos, y es la siguiente: «Los santos, hijos de Dios, de quienes turbamos la tranquilidad del Estado, sin embargo de que uno de los principales dogmas de nuestra fe es que nada se oculta á los ojos de Dios, y que nos juzgará severamente en día acerca de nuestras buenas ó malas obras; pero ¡oh poderoso emperador! las mismas penas que decretas contra nosotros no sirven sino para afirmarnos mas en nuestro culto, por cuanto todas esas persecuciones nos las ha predicho nuestro Señor, hijo del Dios soberano, padre y señor del universo...»

«Llegado el día del sol (que era el domingo), todos los que viven en la ciudad y en el campo se juntan en un lugar comun. Se leen las santas Escrituras; después exhorta un anciano al pueblo á la imitacion de tan buenos ejemplos. Se levantan, oran de nuevo; se presentan agua, pan y vino; da las gracias el prelado, y responden amen los asistentes. Se distribuye una parte de las cosas consagradas, y los diaconos llevan lo restante á los ausentes. Hácese una peticion y los ricos dan lo que quie-

ren. El prelado guarda estas limosnas para socorrer con ellas á las viudas, á los huérfanos, á los enfermos, á los encadenados, á los pobres, á los extranjeros, y en una palabra, á todos los necesitados, de quienes con especialidad se halla el prelado encargado. El domingo en el día del sol, es porque Dios crió el mundo en semejante día y porque Dios crió el mundo en otro igual, para confirmar á sus discípulos en la doctrina que acabamos de exponer.

«Si os parece buena, respetada, y si la juzgáis digna de desprecio, desechada; pero no sirva esto de motivo para que pongais en manos de los verdigos á unos hombres que no han hecho ningun mal, porque nos atrevemos á decirnos que no evitaremos el juicio de Dios si continuais en la injusticia. Por lo demás, sea cual fuere nuestra suerte, bárgase con todo la voluntad divina. Bien pudiéramos haber reclamado vuestra equidad en virtud de la carta de vuestro padre César Adriano, de illustre y gloriosa memoria; pero preferimos á todo la confianza que tenemos en la justicia de nuestra causa.»

La apologia de Justino es muy á propósito para sorprender la tierra. Acaba de revelar una edad de oro en medio de la corrupcion, y de descubrir un pueblo nuevo en los subterráneos de un antiguo imperio. Estas costumbres debieron parecer tanto mas bellas cuanto no se hallaban como en los primeros días del mundo, en armonia con la naturaleza y las leyes, sino que formaban un fuerte contraste con todo lo que las rodeaba. Pero sobre todo, lo que hacia la vida de estos fieles muy interesante que la de aquellos hombres perfectos tan decantados por los poetas, era que estos se nos representaban felices, al paso que los otros se nos mostraban por medio de los encantos de la desgracia. No es bajo el ramaje de los bosques ni sobre los céspedes de las fuentes donde se presenta la virtud con su hervor poder; es preciso mirarla en la obscuridad de las prisiones y entre los arroyos de sangre y de lágrimas. ¡Ah, cuán divina parece la religion en cuando en lo profundo de un subterráneo y en el silencio y la noche de los sepulcros, un sacerdote rodeado de peligros celebraba á la escasa luz de una lámpara y en presencia de un corto número de fieles, los misterios de un Dios perseguido!

Era necesario establecer sólidamente esta inocencia de los primitivos cristianos, para hacer ver que ninguno de los inconvenientes que seguramente resultarían entre nosotros del matrimonio de los sacerdotes, podía tener lugar en la primitiva Iglesia.

Cuando se multiplicaron los cristianos y cuando la corrupcion se extendió con los hombres, cómo habia de poder dedicarse el sacerdote á

1 Just. Apol. Edic. Marc. fol. 1742.

2 Véase la nota 2 al fin de la obra.

diaconus cum sua subdiaconissa, annum integrum excommunicatus habeatur.

1 Un sacerdote.



un mismo tiempo al cuidado de su familia y de su rebaño? ¿Como era posible que permaneciese casto con una esposa que hubiese dejado de serlo? Si nos ponen la objeción de que los países protestantes, responderemos que en esos países ha sido preciso abolir casi todo el culto exterior; que sus ministros apenas se presentan en el templo dos ó tres veces en la semana; que casi han cesado todas las relaciones que debía haber entre el pastor y el rebaño, y que aquel por lo común no es mas que un hombre mundano, que dispone bailes y festines para diversion de su familia. Por lo que mira á otras sectas, que afectan una simplicidad evangélica, y quieren una religión sin culto, esperemos que no nos las opondrán. Finalmente, en los países en donde se halla establecido el matrimonio de los sacerdotes, ha cesado y debido cesar al instante la confesion, que es la mas bella de todas las instituciones morales. Es muy natural que el pecador no se atreva á comunicar sus secretos á un hombre que ha hecho á una mujer soberana de su corazón; teme, y con razon, farse de un hombre que ha roto su contrato de fidelidad con Dios, y repudiado al Criador por casarse con una criatura.

Solo nos resta que responder á la objecion que se saca de la ley general de la poblacion.

Nos parece, pues, que una de las primeras leyes naturales que ha debido abolirse en la nueva alianza, es la que favorecia á la poblacion mas allá de ciertos límites. Hay mucha diferencia de tiempo entre Jesucristo y Abraham. Este nació en el que reinaba la inocencia y la tierra estaba escasa de habitantes. Jesucristo, por el contrario, vino en medio de la corrupcion de los hombres y cuando el mundo estaba poblado. El pudor puede hoy cerrar el seno de las mujeres; y la segunda Eva, enorando los males con que la primera habia sido herida, hizo bajar del cielo la virginidad para darnos una idea de la pureza y contento que precedieron á los antiguos dolores de nuestra primera madre.

El legislador de los cristianos nació de una virgen y murió tambien virgen. No ha pretendido con esto enseñarnos bajo unas relaciones políticas y naturales, que la tierra habia llegado ya á su complemento de habitantes, y que lejos de favorecer á las razas, era conveniente disminuirlas? En apoyo de esta opinion, se nota que los Estados no parecen por defecto de hombres, sino por el excesivo número de ellos. Una poblacion excesiva es el azote de los imperios. Los barbares del Norte no acalaron el globo infernal se vieron llenos de hombres sus bosques; la Sultana se vio precisada á ceder á dominios extraños á muchos de sus industriosos habitantes, del mismo modo que las aguas de sus fecundos rios; y en nuestros dias se ha notado que, en el momento mismo en que la Francia perdió un número tan considerable de labradores, se halla mas floreciente la agricultura. ¡Ah! ¡qué insectos tan

miserables somos! divirtiéndonos al rededor de una copa de absinto en que por casualidad han caido algunas gotas de miel, nos devoramos unos á otros luego que falta espacio á nuestra muchedumbre. Por una desgracia mucho mayor aun, quanto mas nos multiplicamos mas espacio falta á nuestros deseos. De este terreno que se disminuye cada dia y de las pasiones que continuamente se aumentan, deben resultar tarde ó temprano terribles revoluciones.

Por lo demas, todos los sistemas desaparecen delante de los hechos. ¿Se halla por ventura desierta la Europa, sin embargo de haberla una clerécia católica que hace voto de castidad? Los monasterios mismos son favorables á la sociedad, porque consumiendo los religiosos sus géneros en los lugares, espargen la abundancia en la cabana del pobre. ¿Se verian en Francia rústicos tan bien vestidos, ni labradores cuyo aspecto anuncia la abundancia y la alegría, si no vivieran en la jurisdiccion de una abadía rica? Las grandes propiedades no producen siempre este efecto; pero las abadías eran acaso otra cosa que unos dominios donde tenian su residencia los propietarios? Mas esto, sobre distraernos del asunto principal, lo volveremos á tocar cuando tratemos de las órdenes monacales. Sin embargo, no dejaremos de decir que aun es favorable el clero á la poblacion, ya predicando la concordia y union que debe reinar entre los casados, ya deteniendo los progresos del libertinaje, ya dirigiendo todos los rayos de la Iglesia contra el sistema del corto número de hijos adoptado por el pueblo de las ciudades.

Finalmente, ya queda casi demostrado ser convenientes en un grande Estado unos hombres que separados del bullicio del mundo, y revestidos de un carácter augusto, puedan, sin hijos, sin mujeres y sin los embarazos del siglo, trabajar en los progresos de las ciencias, en la perfeccion de la moral y en alivio del desgraciado. ¿Cuántos milagros no han obrado nuestros sacerdotes y religiosos en estas tres relaciones de la sociedad! Si tuviese una familia propia, todos sus estudios y toda su capacidad, que actualmente emplean en beneficio de la patria, la emplearian seguramente entonces en el de su parentela, y aun serian dichosos si estas mismas virtudes no las transformaban en vicios.

He aquí lo que tenemos que responder á los moralistas por lo que mira al celibato de los sacerdotes. Veámos si para los poetas encontramos otras razones, otras autoridades y otro estilo.

3 Véase la nota 3 al fin de la obra.

## CAPÍTULO IX.

LA VIRGINIDAD EN LOS MONASTERIOS. CONTINUACION DEL PRECEDENTE ACERCA DEL SACRAMENTO DEL ORDEN. EXÁMEN DE LA VIRGINIDAD BAJO SUS RELACIONES PÓLITICAS.

La mayor parte de los sabios de la antigüedad fueron celibes: bien notorio es el aprecio que hacian de la castidad los gimnosofistas, los brahmanes y los druidas. Hasta los mismos salvajes la miraron como una virtud celestial, porque los pueblos, de todos los tiempos y de todos los países se hallan acordes acerca de la excelencia de la virginidad. Entre los antiguos, debian vivir en soledad los sacerdotes y las sacerdotisas, y con especialidad los que estaban encargados de comerciar intimamente con el cielo. La menor falta cometida contra sus votos se castigaba con rigor. No ofrecian á sus dioses sino terneras que no hubiesen parido, y la virginidad poseia todo lo mas sublime y dulce que se hallaba en las fábulas. Honraban con ella á Venus-Urania y á Minerva, diosas del espíritu y de la sabiduria; puitaban la amistad como una jóven, y la misma virginidad, simbolizada en la lina, pasaba su misteriosa continencia en los frescos espacios de la noche.

No era menos amable la virginidad, si la consideramos bajo otros aspectos. En los tres reinos de la naturaleza, es el marcial de las gracias, de la perfeccion, y de la hermosura. Los poetas, á quienes particularmente queremos convenir, nos sorvivan de autoridad contra ellos mismos. ¿No se complacen en reproducir en todos sus escritos la idea de la virginidad como una belleza de sus pinturas y descripciones? La yedra y la cepa silvestre sirven de tapiz á su gruta; la primavera la oculta en los pimpollos de sus rosas; el invierno la manifiesta en sus nieves; y á este modo brilla en las dos extremidades de la vida, esto es, en los labios del niño y en los cabellos del viejo. El sepulcro la mezcla tambien en sus misterios: los antiguos consagraban en sus monumentos los árboles sin semilla; bien porque la muerte fuese estávil, bien porque en la otra vida son desconocidos los sexos, y el alma es una virgen inmortal. Finalmente, entre los animales están dedicados á la castidad los que mas se acercan á nuestra inteligencia. No parece que reconocamos en la columna de las abejas el modelo de los monasterios donde las jóvenes vestales fabrican una miel celestial con la flor de sus virtudes?

Por lo que mira á las bellas artes, tambien es la virginidad su embleso, y las musas la son deudoras de su eterna juventud. Pero sobre todo, donde la virginidad manifiesta mas bien su excelencia, es en el hombre. San Ambrosio compuso tres tratados acerca de la virginidad, en los cuales echó el resto de su elocuencia; el mismo

se disculpa diciendo haberlo hecho así, con el fin de ganar el gorazon de las virgenes con la dulzura de sus palabras. Este santo llama á la virginidad *excecion de toda mancha*; hace ver cuán preferible es su tranquilidad á los cuidados del matrimonio, y dice hablando con las virgenes: Encendiendo vuestras mejillas, el pudor es hábito en extremo hermosa. Apartadas de la vista de los hombres, como ross solitarias, no están sujetas vuestras gracias á sus falsos juicios; sin embargo, bajais tambien á la palestra de la hermosura del cuerpo, sino la de la virtud; hermosura á quien ninguna enfermedad altera; ninguna edad marchita, y ni la misma muerte puede arrebatar. Solo Dios es el juez de esta lucha de las virgenes, porque ama las almas bellas aunque habiten en cuerpos feos. . . . Una virgen no conoce los trabajos de un empujamiento ni los dolores del parto. . . . Es el don del cielo y la alegría de sus parientes; ejerce en la casa paterna el sacerdocio de la castidad, y es una víctima que diariamente se sacrifica por su madre.

La virginidad toma en el hombre una especie de carácter sublime. Turbada por todas las tempestades del corazón, se hace celestial siempre que se resiste. Una alma casta, dice San Bernardo, llega á ser por la virtud lo que es el ángel por naturaleza. En la castidad del ángel hay mas felicidad, pero en la del hombre más cho mas valor. En los religiosos se transforma en humanidad, como en los padres de la redencion de cautivos; y en todas las órdenes hospitalarias: en casa del sabio se convierte en estudio y en la cuova del solitario en meditacion. Es en tal grado el carácter esencial del alma y de la fuerza mental, que no hay hombre que no conozca su ventaja para entregarse á los trabajos del espíritu. Si la virginidad es tan favorable al alma, ¿no será tambien la primera de las cualidades, especialmente cuando el alma es, sin duda alguna, la parte mas bella de nosotros mismos?

Pero si la castidad es necesaria en alguna parte, en ninguna lo es mas que en el servicio de la Divinidad. Dios, dice Platon, es la verdadera medida de las cosas, y nosotros debemos emplear todos nuestros esfuerzos para semejarnos á él. El hombre dedicado á sus altares está mas obligado á Dios que otro alguno. No se trata aquí, dice san Crisostomo, de gobernar un imperio á mandar un ejército, sino de una funcion que exige una virtud angelical. El alma de un sacerdote debe estar mas limpia que el sol. El ministro cristiano, dice tambien san Jerónimo, es el intérprete entre Dios y

- 1 De Virginis. lib. II, cap. 1, núm. 4.
- 2 Ibid. lib. I, cap. 5.
- 3 Rep. al. 6 y 7.
- 4 Lib. VI, De Sacerd.



"el hombre." Es preciso pues que un sacerdote sea un sugeto todo divino y que al rededor de él reinen la virtud y el misterio. Retirado en las santas tinieblas del templo, debe orarse sin ser visto; su voz solemne, grave y religiosa debe ser el conducto de las palabras proféticas, de los himnos de paz y de las profundidades secretas del tabernáculo; conviene que no se presente delante de los hombres ni se muestre en medio del siglo sino para socorrer á los miserables, que es el medio por donde se granjeará el respeto y la confianza; pero ambas las perderá bien pronto, si se le ve á la puerta de los grandes; embarazado con una esposa que se familiarizará con él, cargado de los vicios de que se acusa á los mundanos, y en una palabra, si se le tiene por un mero hombre como á todos los demás.

En fin, un anciano casto es una especie de divinidad. Primo, tan viejo como el monte Ida y tan casado como la ceniza de Gárgaro, Primo, y tan nuevo á decir, presente en su palacio y en medio de sus cincuenta hijos el espectáculo mas augusto de la paternidad. Mas Platon, sin esposa ni hijos, sentado al pié de un templo sobre la punta de un cabo batido de las olas; Platon, con los ojos fijos en la mar, enseñando la existencia de Dios á sus discípulos, es un ser mucho mas celestial. No corresponde á la tierra, y parece que pertenece á aquellos demonios é inteligencias superiores de que nos habla en sus escritos.

De este modo, subiendo la virginidad desde el último eslabon de la cadena de los seres hasta el hombre, pasa desde este á los ángeles y desde los ángeles á Dios, donde se pierde. En los espacios de la eternidad resplandece Dios perpetuamente; es único como el sol, que es su imagen en el tiempo.

Decimos, pues, en conclusión, que ni los poetas ni los hombres de gusto mas delicado pueden oponer contra el celibato del sacerdocio cosa que sea razonable; por cuanto acabamos de manifestar que la virginidad tiene parte en la memoria de las cosas antiguas, en los emblemas de la amistad, en el misterio del sepulcro, en la inocencia de la cuna, en los encantos de la juventud, en la humanidad del religioso, en la santidad del sacerdote y del anciano, y de la divinidad en los ángeles y en el mismo Dios.

## CAPITULO X.

### CONTINUACION DE LOS PRECEDENTES.

La Europa es deudora á la Iglesia de las pocas buenas leyes que posee. Apenas se hallará circunstancia alguna en materia civil que no haya sido prevista por el derecho canónico, fruto de la experiencia de quince siglos y de la penetración de los Inocencios y Gregorios. Los reyes y

emperadores mas sabios, como Carlomagno y Alfredo el Grande, creyeron no podian hacer cosa mas acertada que adoptar en su código civil una parte del código eclesiástico, donde vienen á refundirse la ley levítica, el Evangelio y el derecho romano. ¿Qué navío hay igual á esta Iglesia? ¿cuán dilatado y milagroso es!

Cuando Jesucristo elevó el matrimonio á la dignidad de sacramento, nos manifestó la grande figura de su union con la Iglesia. Al reflexionar que el matrimonio es el quicio sobre que se mueve toda la economía de la sociedad, ¿se podrá suponer que no sea santo? ¿y se admirará bastantemente la sabiduría de aquel que le ha marcado con el sello de la religión?

La Iglesia multiplicó sus cuidados para un acto de la vida tan grande, y determinó los grados de parentesco en que se permite la union de dos esposos. Reconociendo el derecho canónico las generaciones simples cuando salen de su tronco, prohibió hasta la cuarta el matrimonio; que el derecho civil, contando las ramas dobles, prefirió á la segunda; así lo prevenia la ley de Arcadio inserta en las Institutas de Justiniano.

Pero la Iglesia, con su acostumbrada sabiduría, signió en este reglamento la mudanza progresiva de costumbres, y se ve que en los primitivos siglos del cristianismo se extendió la prohibición del matrimonio hasta el sétimo grado. Aun algunos concilios, tal como el de Toledo en el siglo sexto, prohibian sin limitacion alguna toda union entre los miembros de una misma familia.

El espíritu que dictó estas leyes es digno de la pureza de nuestra religion. Los paganos han quedado muy atrás en esta castidad cristiana. En Roma estaba permitido el matrimonio entre primos hermanos; y el emperador Claudio, para casarse con Agripina, hizo promulgar una ley por la que el tío podia casarse con la sobrina. So-

1. Contrayéndose solo á Francia.
2. Concil. Later. an. 1205.
3. Jus. Jus. de Nup. tit. X.
4. Concil. Daxiac. an. 814. La ley canónica debió variar segun las costumbres de los pueblos godos, vándalos, ingleses, franceses y borgoñones, que sucesivamente entraban en el seno de la Iglesia.
5. Concil. Tol. cán. 5.
6. Suet. in. Claud. Esta ley no fue á la verdad extendida, segun se nota en los fragmentos de Ulpiano, tit. 5 y 6, y fue abrogada por el código de Teodosio, lo mismo que la que hablaba de los primos hermanos. Observemos, pues, que en el cristianismo tiene el papa derecho á dispensar de la ley canónica, segun lo pidan las circunstancias. Como una ley no puede ser jamás tan general que abarce todos los casos, se meditó con mucha prudencia el recurso de las dispensas ó excepciones. Por lo demás, los matrimonios contraidos en el antiguo Testamento entre hermanos y hermanas, se dirigian á la ley general de poblacion, que no abolió, como dejamos dicho, en la venida de Jesucristo, cuando ya habia abundancia de razas.

lon habia permitido que el hermano pudiese casarse con su hermana uterina.

La Iglesia no ha limitado sus precauciones sobre este particular. Después de haber seguido por algun tiempo el Levítico en lo que mira á los afines, concluyó declarando por impedimentos dirimentes del matrimonio todos los grados de afinidad correspondientes á los de consanguinidad en que está prohibido. Finalmente, previó un caso que se habia escapado á todos los juriconsultos, y es el de un hombre que ha tenido comercio ilícito con una mujer. En este caso, declara la Iglesia no pueda casarse con mujer alguna de su familia mas allá del segundo grado. Esta ley, recibida antiguamente en la Iglesia, y fijada por el concilio de Trento, pareció tan conforme, que el código francés, sin embargo de no haber admitido todas las decisiones del concilio, no dejó de hacerlo de este canon.

Por lo demás, los impedimentos del matrimonio de pariente á pariente, tan multiplicados por la Iglesia, además de sus razones morales y espirituales, se dirigen en el órden político á dividir las propiedades é impedir que aun en los tiempos mas remotos lleguen á juntarse solamente en algunos sugetos todos los bienes del Estado.

La Iglesia conservó los esponsales de futuro, que suben hasta una antigüedad prodigiosa. Sabemos por Aulo Gelio que fueron conocidos por los pueblos del Lacio, que los adoptaron los romanos, los siguieron los griegos; era honrada en la antigua alianza, y en la nueva fué Josef prometido á Maria. La intencion de esta costumbre es dejar á los dos futuros esposos tiempo suficiente para concorsarse antes de unirse.

En nuestras campañas se mostraban aun los esponsales con sus gracias antiguas. En una mañana serena del mes de julio ó agosto, iba un joven aldeano á buscar á su pretendida en la quinta de su futuro suegro. Dos músicos, recordando nuestras antiguas diversiones, daban principio á ellas tocando en el violín romances al uso de la antigua caballería, ó entonando las canciones de los peregrinos de Santiago de Galicia. Los siglos antiguos, subsiguientes á los sepulcros góticos, parecia que acompañaban á esta juventud con sus decrepitas costumbres y antiguas conmemoraciones. La desposada recibia del cura la bendición de los esponsales y ponía sobre el altar una rucea guardada de cintas. Volvian después á

la quinta; los señores del terreno, el cura y el juez del pueblo, se sentaban con los futuros esposos; los labradores y matronas se ponian al rededor de una mesa donde se les servian los manjares de Eumeo y las gordas terneras de los patriarcas. Se terminaba la fiesta con un paseo en la granja vecina, y la señorita del castillo bailaba con el novio al son de una gaita, mientras el acompañamiento estaba sentado sobre los manojos del trigo nuevo, con los recuerdos de las hijas de Jetró, de los segadores de Booz y de los esponsales de Jacob y Raquel.

A los esponsales se sigue la publicacion de las proclamas. Esta excelente costumbre, ignorada de la antigüedad, se debe enteramente á la Iglesia, y es preciso colocarla antes del siglo catorce, por cuanto se hace mencion de ella en una decretal del papa Inocencio III. Este mismo pontífice le sancionó por regla general en el concilio Lateranense, la renovó el de Trento y está recibida en Francia por la ordenanza de Blois. El espíritu de esta ley es prevenir las uniones clandestinas y tener conocimiento de los impedimentos que pueda haber entre las partes contratantes. Finalmente, pasando adelante, el matrimonio cristiano se presenta con mucho mayor aparato que los esponsales; su paso es grave y solemne y su pompa silenciosa y angusta: al hombre se le advierte que comienza una nueva carrera. Las palabras de la bendición nupcial (palabras que el mismo Dios pronunció en el primer matrimonio del mundo), llenando al marido de un gran respeto, le dicen que va á desempeñar el acto mas importante de la vida, que como Adam, va á ser la cabeza de una familia, y que por último, se carga de todo el peso de la condiccion humana. La mujer por su parte queda igualmente instruida. La imagen de los placeres desaparece á sus ojos á vista de sus obligaciones. Le parece oír una voz que viene del medio del altar y le dice: "¡Oh Eva! ¿sabes bien lo que te haces? ¿Sabes que no hay para ti mas libertad que la del ser pulcro? ¿Sabes lo que es traer en tus entrañas? ¿Sabes á un hombre hecho á la imagen de Dios?" Entre los antiguos no era el himeneo mas que una ceremonia llena de escándalo y alegría y en la cual nada se trataba acerca de los graves pensamientos que inspira el matrimonio; solo el cristianismo ha reintegrado á este su dignidad.

El mismo cristianismo es el que conociendo antes que la filosofía en qué proporcion nacian los dos sexos, estableció que el hombre no pudiese tener mas que una esposa, de la que debia vivir hasta la muerte. El divorcio no está admitido en la Iglesia católica, á no ser entre unos pocos pueblos de Iliria, antiguos vasallos del Estado de Venecia. Si las pasiones de los hombres se resisten á esta ley, si no han conocido el desórden que ocasiona el divorcio turbando las sucesiones en el seno de las familias, desnaturalizando los afectos paternales, corrompiendo el corazón

1. Pint. in Sol. nota de su estado en el siglo IV.
2. Conc. Later.
3. Ib. esp. 4, ses. 24.
4. Conc. Ane. c. ult. an. 204.
5. Noet. Att. lib. IV, esp. 4.
6. L. 2. ff. de Spons.
7. San Agustín nos da sobre este particular una razon excelente: *Constitutum est, ut jam pactae sponsae non statim tradantur, ne eilen laeant maritus datum, quam non suscipierit sponsus dilatum.*



y haciendo del matrimonio una prostitución civil, no nos podemos promover atención á algunas palabras que sobre esto se nos ofrecen decir.

Si meternos en la profundidad de esta materia, observaremos solamente que si por el divorcio se piensa hacer mas felices á los esposos (este es el grande argumento del día), será incurrir en un extraño error. El que no ha cooperado á la felicidad de la primera mujer, el que no se ha aficionado para siempre á su esposa por la cintura de su virginidad ó por su maternidad primera, el que no ha podido sujetar sus pasiones al yugo de la familia, y en fin, el que no ha podido encerrar su corazón en su cama nupcial; este tal no coadyuvará jamás á la felicidad de la segunda esposa: en vano podeis contar con él sobre este artículo. Ni aun él mismo tampoco va á ganar nada en estas mudanzas: lo que llama diferencia de humores entre él y la mujer á que está unido, no es otra cosa que la inclinación de la inconstancia y la inquietud de sus deseos. La costumbre y el decoro de mucho tiempo son mas necesarios de lo que se piensa para fijar la felicidad y am el amor. No puedo uno ser feliz en el objeto de su pasión: sino después de haber vivido muchos días, y sobre todo, muchos días malos con él. Es preciso que se conozcan hasta el fondo del alma es necesario que el misterioso velo con que se cubrían los dos esposos en la Iglesia primitiva, se levante por ellos con todos sus pliegues; mientras queda impenetrable á todos los demas. Pues que, ¿por el menor capricho he de temer yo verme privado de mi compañera y de mis hijos, sin esperanza de pasar mi vejez con ellos? No se diga, pues, que este temor me obligará á ser mejor esposo; no, ninguno se aficiona sino á un bien de que está seguro: una propiedad que se puede perder no se ama.

No demos al himeno las alas del amor, ni hagamos de una santa realidad una fantasía inconstante. Una cosa desbaratará en un momento la felicidad que gozais en vuestros lazos. En ellos seréis perseguidos por vuestros remordimientos; comparáreis continuamente á una esposa con otra, la que habeis perdido y la que habeis hallado: no os engañeis, la balanza se inclinará siempre en favor de las cosas pasadas; con esta disposición hizo Dios el corazón del hombre. Esta distracción de un sentimiento por otro emponzoñará todas vuestras alegrías. ¿Acariaréis á vuestro nuevo hijo? No, siempre pensaréis en aquel que habeis abandonado. ¿Estrechareis á vuestra mujer sobre vuestro corazón? Vuestro corazón os dirá que no es este el seno de la primera. Cuanto hay en el hombre, todo se dirige á la unidad; si llega á dividirse no puede ser feliz, y semejante á Dios, que le hizo á su imagen, procura continuamente su alma encontrar en un punto lo pasado, lo presente y lo futuro.

So puede consultar el libro de Mr. de Bonald sobre

He aquí lo que tenemos que decir acerca de los sacramentos del orden y del matrimonio. Por lo que mira á los retratos que ellos mismos representan, será ocioso describirlos. ¿Qué imaginación, por pesada que sea, necesitará de ayuda para representarse, ó al sacerdote afirmando los placeres de la vida para entregarse á los trabajos, ó á la joven sacrificándose al silencio de las soledades para encontrar el del corazón, ó á los esposos al pie de los altares prometiendo amarse? La esposa de un cristiano no es una simple mortal; es sí un ser extraordinario, misterioso y angelico; es la carne de su carne y la sangre de su sangre. Cuando se une á ella no hace más que volver á tomar una parte de su sustancia. Su alma, y lo mismo su cuerpo, son incompletos sin la mujer: en él reside la fuerza, en ella la hermosura; él combate al enemigo y cultiva los campos de la patria, pero no está instruido en el gobierno doméstico; le es necesaria la mujer para dirigir la comida y la cama. Si se halla carente de disgustos, la compañía de sus noches procura dulcificarlos; y aunque sus días sean malos y turbulentos, encuentra brazos castos en su pecho, y olvida todos sus trabajos. El hombre sin la mujer sería tosco, grosero, solitario. La mujer cede al rededor de él las flores de la vida, del mismo modo que las yedras de los bosques adornan el tronco de las encinas con sus perfumadas guirlandas. Finalmente, el esposo cristiano y su esposa viven renaciendo y muriendo juntos; crean juntos los frutos de su union; se convierten juntos en polvo y se vuelven á hallar juntos mas allá de los limites del sepulcro.

## CAPÍTULO XI.

### LA EXTREMA UNIÓN.

A la vista de este sepulcro, que es el pórtico silencioso del otro mundo, es cuando el cristiano se manifiesta toda su sublimidad. Si la mayor parte de los cultos antiguos consagraron la ceniza de los muertos, no pensaron tampoco en preparar el alma para aquellas riberas desconocidas de las cuales no se vuelve jamás.

Venid á ver el mas hermoso espectáculo que puede presentar la tierra; tenid y vereis morir á un fiel cristiano. Este ya no es hombre del mundo, ya no es individuo de su país, ya cesaron para él todas las relaciones que tenia en la sociedad. Ya se acabó para él el cómputo del tiempo, ya no tiene otra fecha que la de la era de la eternidad. Un sacerdote sentido á su cátedra es el que le consuela. Este ministro santo trata con el moribundo acerca de la inmortalidad de su alma; y la escena sublime que toda la antigüedad

el diacono es una de las mejores obras que se han publicado de muchos años á esta parte.

ro de sus filósofos, se renueva diariamente en la humilde cama del mas infimo cristiano que expira.

En fin, se acerca el ultimo momento; y así como un sacramento abrió á los justos las puertas del mundo, así tambien las va á cerrar otro: la religion se ha cumplido en muerte en la cama de la vida; sus hermosos cantos y su mano maternal le adormecerán tambien en la cama de la muerte. La misma religion prepara igualmente el bautismo de este segundo nacimiento, para el cual no se vale del agua, sino del aceite, emblema de la incorruptibilidad celestial. El sacramento libertador rompe poco á poco los lazos del cristianismo, y su alma, casi separada del cuerpo, está como visible en su rostro. Ya oye los conciertos de los serafines; ya se halla dispuesta á volar lejos del mundo hacia aquellas regiones á que le convidaba esta esperanza hija de la virtud y de la muerte. Entre tanto bajando sobre este justo el ángel de paz, toca con su cetro de oro sus ojos fatigados y los cierra dulcemente á la luz. Muere finalmente sin oración apenas su último suspiro; muere y sus amigos guardan silencio por largo tiempo al rededor de su cama, porque piensan está dormido; con tal cultura salio del mundo este cristiano!

## LIBRO SEGUNDO.

### VIRTUDES Y LEYES MORALES.

## CAPÍTULO I.

### VICIOS Y VIRTUDES SEGUN LA RELIGION.

La mayor parte de los antiguos filósofos hicieron la division de las virtudes y vicios; pero ¡cuanto hay que decir acerca de sus sistemas! ¡cuán superior es la sabiduría de la religion á la de los hombres!

Consideraremos por de pronto a la soberbia, que es la primera á quien puso la Iglesia entre los vicios. Redúcese al pecado de Satanás, que es el primero del mundo. La soberbia es de tal modo la raíz del mal, que se halla mezclada en todas las otras dolencias del alma. Se halla en la sonrisa de la envidia, vive entre los excessos del libertinaje, cuenta el oro del avaro, brilla en los ojos del colectivo: sigue las gracias del epícteto y duerme con él en su cama.

La soberbia es la que ocasionó la caída de Adán, la que armó á Caín de su maza fratricida, la que erigió la torre de Babel y echó por tierra la ciudad de Babilonia. Por la soberbia se perdió Atenas con la Grecia, se derribó el trono de Ciro, se

dividió el imperio de Alejandro, y se verificó la desolacion de Roma bajo el peso del universo.

La misma soberbia produce unos efectos mucho mas funestos en las circunstancias particulares de la vida, porque aun á Dios mismo se atreve.

Cuando se buscan las causas del ateísmo, entra uno insensiblemente en esta observación: ¡cuanto tienen que quejarse, así de la sociedad como de la naturaleza, los que así se rebelan contra el cielo, á excepcion de algunos jóvenes seducidos por el mundo, ó por aquellos escritores cuyo objeto no es otro que el de meter ruido! Pero ¿cómo es posible que los que se hallan privados de unas ventajas frivolas, que proporciona ó quita la fortuna según su capricho, no sepan encontrar el remedio á esta ligera desgracia, acercándose á la Divinidad? Esta es el verdadero monumental de las gracias. Dios es en tal grado la hermosura por excelencia, que solo pronunciando su nombre con amor es suficiente para comunicar alguna cosa divina al hombre menos favorecido de la naturaleza, como lo mostró Sócrates. Dejemos el ateísmo á aquellos que no teniendo bastante vigor para elevarse sobre los caprichos de la suerte, muestran en todas sus blasfemias el primer vicio del hombre, tocado en su parte mas sensible.

En la escala de las degradaciones humanas dió la Iglesia el primer lugar á la soberbia, y no colocó en menos habilidad los otros seis pecados capitales. No hay que persuadirse sea arbitrario el orden con que los vemos colocados: basta examinarlo ligeramente para conocer que la religion pasa con excelencia de los vicios que atacan la sociedad en general á los delitos que solo recaen sobre el culpable. De este modo, si la envidia, por ejemplo, la lujuria, la avaricia, y la codicia siguen inmediatamente á la soberbia, es porque estos son unos vicios que se ejercitan en un sujeto extraño, y no viven sino en medio de los hombres; al paso que la golosina y la pereza son unas inclinaciones vergonzosas y solitarias que hallan en si mismas sus principales delicias.

En las virtudes preferidas por el cristianismo y en el lugar que él las asigna, interviene tambien el conocimiento de la naturaleza. Antes de la venida de Jesucristo era el alma del hombre un caos. Dejéose oír el Verbo divino, y al instante se desenvolvió todo en el mundo intelectual, así como en virtud de la misma palabra quedó aniquiladamente todo arreglado en el mundo físico; y esta fue la creacion moral del universo. Las virtudes subieron á los cielos como unas llamas puras; las mas, como soles resplandecientes, llamaron todas las atenciones á causa de su brillante luz; pero las otras, como modestas estrellas, lucearon el pudor de las sombras, en las que sin embargo no pudieron ocultarse. Desde entonces se ve establecida una admirable balanza entre las fuerzas y las debilidades; la religion dirigió todos sus rayos contra la soberbia, como vicio que es alimento de virtudes, la desecurrió hasta en los